

COMPARACION DE NECTAR Y DE ORAZO.
 SERTORIO.
 No es maravilla quizá que en un tiempo indeterminado, inclinándose ora á una parte y ora á otra la fortuna, los acontecimientos vuelvan á repetirse muchas veces con las mismas circunstancias. Porque si no hay una muchedumbre determinada de accidentes, la fortuna tiene un poderoso artífice de la semejanza de los sucesos en lo indefinido de la materia; y si los acontecimientos estan contraidos á un número prefijado, es necesario tambien que muchas veces los mismos efectos sean producidos por las mismas causas. Hay algunos por tanto que complaciéndose en cotejar los que han leido ú oido de esta clase de accidentes, forman una coleccion de los que parecen hechos de intento y con meditado discurso: como por ejemplo, que habiendo habido dos Atis, personajes ilustres, el uno Siro y el otro Arcade, ambos fueron muertos por jabalíes. De dos Acteones, el uno fue despedazado por sus perros, y el otro por sus amadores. De dos Escipiones, por el uno fueron primero vencidos los Cartagineses, y por el otro fueron despues arruinados del todo. Troya fue tomada por Hércules á causa de los caballos de Laomedonte; por Agamenon mediante el caballo llamado de madera; y tercera vez por Caridemo, á causa del accidente de haberse caido un caballo en las puertas, y no haber podido los Troyanos cerrarlas prontamente. De dos ciudades que tienen nombres de dos plantas de suavísimo olor, Ios y Esmirna, en la una se dice haber nacido el poeta Homero, y haber muerto en la otra. Ea pues, añadamos á estos acasos el que entre los grandes generales, los mas guerreros, y que mas grandes cosas acabaron por la astucia y la sagacidad, todos fueron tuertos, Filipo, Antigonon, Anibal, y este de quien ahora escribimos, Sertorio; el cual se hallará haber sido mas

contenido que Filipo en el trato con mugeres; mas fiel que Antigonon con sus amigos; mas humano que Anibal con los contrarios; y que no habiendo sido inferior á ninguno en la prudencia, fue muy inferior á todos en la fortuna, la que siempre le fue mas adversa que sus mas poderosos enemigos; y sin embargo desterrado y extrangero, nombrado caudillo de unos bárbaros, fue digno competidor de la pericia de Metelo, de la osadia de Pompeyo, de la fortuna de Sila y de todo el poder de los Romanos. A este el que encontramos mas semejante entre los Griegos es el Cardiano Eumenes: porque ambos eran nacidos para mandar ejércitos; ambos eran fecundos en estratagemas; ambos, arrojados de su pais, fueron caudillos de gentes extrañas; y á ambos finalmente fue en su muerte muy dura y violenta la fortuna: porque perecieron traidoramente á manos de aquellos mismos con quienes habian vencido á los enemigos.

Nació Quinto Sertorio en la ciudad de Nurcia, pais de los Sabinos, de oscuro linage. Criado con esmero por su madre viuda, habiendo quedado huérfano de padre, parece que fue con extremo amante de aquella; de la cual se dice haber tenido por nombre el de Rea. Egercitóse en las causas con bastante aplauso, y siendo aun joven, llegó, según es fama, á adquirir cierto poder en Roma por su elegancia en el decir; pero su sobresaliente mérito y sus hazañas en la milicia llamaron hácia esta parte su ambicion.

En primer lugar cuando los Cimbro y los Teutones invadieron la Gاليا, militó con Cepion; y habiendo los Romanos peleado débilmente, y entregándose á la fuga, no obstante haber perdido su caballo y hallarse herido, pasó el Ródano á nado, costándole mucho el vencer, embarazado con la coraza y el escudo, la contraria corriente: tan fuerte y

robusto era su cuerpo, y tan sufridor del trabajo en fuerza del egercicio! En segundo lugar, cargando aquellos con numerosísimo ejército y terribles amenazas, de manera que se reputaba por cosa extraordinaria que un Romano se mantuviera en formación y obedeciera al General, Mario guiaba tranquilo, y Sertorio se quedó en observacion de los enemigos. Vistióse el traje de los Galos, y aprendiendo lo mas comun del idioma para poder contestar oportunamente, se metió entre los bárbaros; de donde, habiendo visto por sí unas cosas, y preguntado otras á los que tenia á mano, regresó al campamento. Concediósele entonces el prez del valor; y habiendo dado durante toda la expedicion muchas pruebas de prudencia y de arrojo, adquirió fama, y se ganó la confianza del General. Despues de esta guerra de los Cimbro's y Teutones fue enviado á España de Tribuno con el Pretor Didio, y se hallaba en cuarteles de invierno en Cazlona, ciudad de los Celtíberos. Sucedió que insolentes los soldados con la abundancia, y dados á la embriaguez, incurrieron en el desprecio de los bárbaros; los cuales enviaron á llamar á sus vecinos de Orisia; y estos yendo de casa en casa, acabaron con ellos: pudo sin embargo Sertorio evadirse con unos pocos, y recogiendo á otros que tambien huian, dió la vuelta en rededor á la ciudad, y hallando abierta la puerta por donde los bárbaros habian entrado secretamente, no cayó en el error de estos, sino que poniendo guardias, y tomando todas las avenidas, dió muerte á todos los que estaban en edad de llevar armas. Ejecutado esto, mandó á todos los soldados que dejaran sus propias armas y vestidos, y adornándose con los de los bárbaros, le siguieran á la otra ciudad, de donde salieron los que en la noche los habian sorprendido. Con la vista de las armas logró que estos otros se engañaran, y hallando abierta la puerta, se le vinieron á las manos

gran número de habitantes que creian salir á recibir á sus amigos y conciudadanos, que volvian despues de conseguido su intento: asi fué que muchos recibieron la muerte en la misma puerta, y otros que se entregaron, fueron vendidos por esclavos.

Hízose con esto Sertorio muy celebrado en España; y apenas volvió á Roma, fue nombrado Cuestor de la Galia Cispadana, en ocasion de urgencia, porque amenazando la guerra Mársica se le dió el encargo de levantar tropas y de reunir armas; y como hubiese puesto mano á la obra con una diligencia y prontitud muy diferente de la pesadez y delicadeza de los demas jóvenes, adquirió fama de hombre activo y eficaz. Mas no por haber sido promovido á la dignidad de caudillo aflojó en el denuedo militar; sino que ejecutando brillantes hazañas, y arrojándose sin tener cuenta de su persona á los peligros, quedó privado del un ojo, habiéndosele sacado en un encuentro. De esta pérdida hizo despues vanidad toda la vida: porque decia que los demas no llevaban siempre consigo el testimonio de los premios alcanzados, siéndoles forzoso dejar los collares, las lanzas y las coronas, cuando él tenia siempre consigo las señales de su valor; y los que eran espectadores de su infortunio, lo eran al mismo tiempo de su virtud. Tributóle tambien el pueblo el honor que le era debido: porque al verle entrar en el teatro le recibieron con aplausos y con expresiones de elogio: distincion de que con dificultad gozaban aun los mas provecos en edad y mas recomendados por sus méritos. Pidió el Tribunado de la plebe; pero oponiéndosele la faccion de Sila, quedó desairado; por lo que parece fue desde entonces enemigo de este. Despues cuando Mario, vencido por Sila, tuvo que huir, y este se ausentó para hacer la guerra á Mitridates, como el uno de los Cónsules, Octavio, mantuviese el partido de Sila; y Cina, que aspiraba á

cosas nuevas, tratase de suscitar la faccion vencida de Mario, arrimóse á este Sertorio; y mas viendo que el mismo Octavio estaba fluctuante, y solo no se atrevia á fiarse de los amigos de Mario. Trabóse una accion reñida en la plaza entre ambos Cónsules, en la que quedó vencedor Octavio, y Cina y Sertorio, que habian perdido poco menos de diez mil hombres, huyeron; pero como hubiesen podido reunir con sus persuasiones la mayor parte de las tropas esparcidas por la Italia, volvieron muy pronto en estado de poder medir las armas con Octavio.

Habiendo regresado Mario del Africa, y puésto-se á las órdenes de Cina, como correspondia lo hiciese un particular respecto de un Consul, los demas eran de opinion de que convenia recibirle; pero Sertorio se opuso, bien fuera por creer que Cina le atenderia menos luego que tuviese cerca de sí á un militar de mas nombre, ó bien por la dureza de Mario, no fuera que lo echara todo á perder, abandonándose á una ira que pasaba todos los términos de lo justo cuando quedaba superior. Decia pues que era muy poco lo que les quedaba que hacer hallándose ya vencedores; y que si recibian á Mario, este se abrogaria toda la gloria y todo el poder, siendo hombre desabrido y muy poco de fiar para la comunion de mando. Respondióle Cina, que discurría con acierto; pero que él estaba entre avergonzado y dudoso para alejar á Mario, á quien él mismo habia llamado á tener parte en la empresa; á lo que le repuso Sertorio, pues yo en el concepto de que Mario habia venido á Italia por impulso propio, reflexionaba sobre el partido que convendria tomar; pero tú no has debido conferenciar sobre este negocio, cuando llega el que tú deseabas que viniese, sino admitirle y valerte de él, pues que la palabra empeñada no debe dejar lugar á reflexiones. Resolvióse por tanto Cina á llamar á Mario; y habiendo repartido las tropas

en tres divisiones, las mandaron los tres. Terminóse la guerra; y entregados Cina y Mario á toda crueldad é injusticia, tanto que á los Romanos les parecian ya oro los males de la guerra, se dice que solo Sertorio no quitó á nadie la vida por enemiga, ni se ensoberbeció con la victoria; sino que antes se mostró irritado de la conducta de Mario; y hablando á solas á Cina é intercediendo con él, logró ablandarlo. Finalmente, como á los esclavos que tuvo Mario por camaradas en la guerra, y de quienes se valió despues como ministros de tiranía, les hubiese dado este mas soltura y poder de lo que convenia, concediéndoles ó mandándoles unas cosas, y propasándose ellos á otras con la mayor injusticia, dando muerte á sus amos, solicitando á sus amas, y usando de toda violencia con los hijos, no pudo Sertorio llevarlo en paciencia; y hallándose reunidos en un mismo campamento, los hizo asatar á todos, que no bajaban de cuatro mil.

Falleció luego Mario; Cina fue muerto de allí á poco, y Mario el joven se abrogó contra la voluntad de Sertorio, y con quebrantamiento de las leyes, el Consulado; los Carbones, los Norbanos y los Escipiones hacian tibiamente la guerra á Sila, que llegaba; perdíanse unas cosas por cobardía y desidia de los generales; y otras por traicion se malograban. En este estado era inútil su presencia para unos negocios enteramente desesperados, por el poco tino de los que tenían en sus manos el poder. Por colmo de desorden Sila, que tenía su campo al frente del de Escipion, y hacia correr la voz de que se gozaria de paz, corrompió el ejército, y aunque Sertorio se lo previno y advirtió á Escipion, no pudo hacérselo entender. Entonces pues dando por enteramente perdida la ciudad, partió para España con la mira de anticiparse á ocupar en ella el mando y la autoridad, y preparar allí un refugio á

los amigos desgraciados. Sobrecogióronle malos temporales en países montañosos, y tuvo que comprar de los bárbaros, á costa de subsidios y exacciones, que le dejaran continuar el camino. Incomodábanse los suyos, y le decian no ser digno de un Pro-Cónsul Romano pagar tributo á unos bárbaros despreciables; mas él, no poniendo la atencion en lo que á estos les parecia una vergüenza, lo que compro, les respondió, es la ocasion, que es lo que mas suele escasear á los que intentan cosas grandes: asi continuó ganando á los bárbaros con dádivas; y apresurándose, ocupó la España. Halló en ella una juventud floreciente en el número y en la edad; pero como la viesse mal dispuesta á sujetarse á toda especie de mando; á causa de la codicia y malos tratamientos de los Pretores que les habian cabido, con la afabilidad se atrajo á los mas principales; y con el alivio de los tributos á la muchedumbre; pero con lo que principalmente se hizo estimar fue con librarlos de las molestias de los alojamientos. Porque obligó á los soldados á armarse barracas en los arrabales de los pueblos, siendo él el primero que se hospedaba en ellas. Mas sin embargo no se debió todo á la benevolencia de los bárbaros; sino que habiendo armado de los Romanos alli domiciliados á los que estaban en edad de tomar las armas, y habiendo construido naves y máquinas de todas especies, de este modo tuvo sujetas á las ciudades; siendo benigno cuando se disfrutaba de paz, y apareciendo temible á los enemigos con sus prevenciones de guerra.

Habiéndole llegado noticia de que Sila dominaba en Roma, y la faccion de Mario y Carbon habia sido arruinada, al punto rezeló que el ejército vencedor iba á venir contra él con alguno de los caudillos, y se propuso cerrar el paso de los montes Pirineos por medio de Julio Salinator, que mandaba

seis mil infantes. Fue con efecto enviado de alli á poco por Sila Cayo Anio, el cual viendo que la posicion de Julio era inexpugnable, se quedó en la falda sin saber qué hacerse; pero habiendo muerto á traicion á Julio un tal Calpurnio, dicho por sobrenombre Lanario, y abandonando los soldados las cumbres del Pirineo, seguia su marcha Anio con grandes fuerzas, arrollando los obstáculos. Considerábase Sertorio muy desigual, y retirándose con tres mil hombres á Cartagena, alli se embarcó, y atravesando el Mediterráneo aportó al Africa por la parte de la Mauritania; Sorprendieron los bárbaros á sus soldados, mientras, sin haber puesto centinelas, se proveian de agua; y habiendo perdido bastante gente, se dirigia otra vez á España; pero fue apartado de ella por haber tenido la desgracia de dar con unos piratas de Cilicia, y arribó á la isla Pitiusa, donde desembarcó, habiendo desalojado la guarnicion que alli tenía Anio. Acudió este bien pronto con gran número de naves y cinco mil hombres de infanteria; y Sertorio se preparaba á pelear con él en combate naval, sin embargo de que sus buques eran de poca resistencia, dispuestos mas bien para la ligereza que para la fuerza; pero alborotado el mar con un violento zéfiro, perdió la mayor parte de ellos, estrellados en las rocas por su falta de peso; y con solo unos pocos, arrojado del mar por la tempestad, y de la tierra por los enemigos, anduvo fluctuando por espacio de diez dias; y luchando contra las olas y contra tan deshecha borrasca, se vió en mil apuros para no perecer. Habiendo por fin cedido el viento, aportó á unas islas entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho Gaditano, doblando á la derecha, tocó en la parte exterior de España, poco mas arriba de la embocadura del Bétis, que desagua en el mar Atlántico,

dando nombre á la parte que baña de esta region. Diéronle allí noticia unos marineros con quienes habló, de ciertas islas del Atlántico, de las que entonces venian. Estas son dos, separadas por un breve espacio, las cuales distan del Africa diez mil estadios, y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras; pero los vientos apacibles, y provistos de rocío proporcionan que aquella tierra muelle y crasa, no solo se preste al arado y á las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos, que por su abundancia y buen sabor basten á alimentar sin trabajo y afan á aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas: porque los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiéndose por la distancia de donde vienen en un vasto espacio, van decayendo y pierden su fuerza; y los de mar, el ábrego y el zéfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas, por lo común con una serenidad humectante es con la que refrigeran, y con la que mantienen las plantas: de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinion, que corre muy válida, haber estado allí los campos Eliseos, aquella mansion de los bienaventurados que tanto celebró Homero.

Engendró esta relacion en Sertorio un vivo deseo de habitar aquellas islas, y vivir con sosiego, libre de la tiranía y de toda guerra; pero habiéndolo entendido los de la Cilicia, que ninguna codicia tenían de paz y de quietud, sino de riqueza y de despojos, le dejaron con sus deseos, y se dirigieron al Africa para restituir á Ascalis, hijo de Ista, al trono de la Mauritania. No pudo tampoco contenerse Sertorio, sino que resolvió ir en auxilio de los que peleaban contra Ascalis, para que sus tropas, concibiendo nuevas esperanzas, y teniendo ocasion de nuevas hazañas, no se le desbandasen por la falta de recur-

sos. Habiendo sido su llegada de gran placer para los Mauritanos, puso mano á la obra; y vencido Ascalis, le puso sitio. Sila en tanto envió en socorro de este á Paciano con las correspondientes fuerzas; mas habiendo venido Sertorio á batalla con él, le dió muerte, y quedando vencedor, agregó á las suyas estas tropas, poniendo despues cerco á la ciudad de Tingis, adonde Ascalis se habia retirado con sus hermanos. Dicen los Tingitanos que está allí enterrado Anteo; y Sertorio hizo abrir su sepulcro, no queriendo dar crédito á aquellos bárbaros, á causa de su desmedida grandeza; pero visto el cadáver que tenia de largo sesenta codos, se quedó pasmado, y sacrificando víctimas volvió á cerrar la sepultura, habiéndole dado con esto mayor honor y fama. Añaden los Tingitanos á esta fábula, que muerto Anteo, su muger Tingis se ayuntó con Hércules; y habiendo tenido en hijo á Sofazes, reinó este en el pais, y puso á la ciudad el nombre de la madre; y que de este Sofazes fue hijo Diodoro, á quien obedecieron muchas gentes del Africa, por tener á sus órdenes un ejército Griego, compuesto de los que fueron allí trasladados por Hércules de Olbia y de Micenas. Mas todo esto sea dicho en honor de Juba, el mejor historiador entre los reyes, por cuánto se dice que su linage traia origen de Diodoro y Sofazes. Sertorio, aunque logró triunfar de todos, en nada ofendió á los que le suplicaron y se pusieron en sus manos; sino que les restituyó los bienes, las ciudades y el Gobierno, recibiendo solo lo que buenamente habia menester, y aun esto por pura dádiva.

Meditaba adonde se dirigiria desde allí, cuando le llamaron los Lusitanos, brindándole, por medio de Embajadores, con el mando; pues hallándose faltos de un General de opinion y de experiencia, que pudieran oponer al temor que los Romanos les inspiraban, en este solo tenían confianza, por haber

sabido de los que le habian tratado, qual era su índole: pues se dice que Sertorio no se dejaba dominar ni del deleite ni del miedo, siendo por naturaleza inalterable en los peligros, y moderado en la prosperidad; que trabado el combate, no fue inferior en arrojo á ninguno de los generales de su tiempo; y que cuando en la guerra se trataba de mero-dear y hacer presas, de ocupar puestos ventajosos, ó de meterse por entre los enemigos, necesitándose para ello de dolos y de engaños, era en tales casos de los mas sagaces y astutos. En premiar los servicios usaba de largueza y magnificencia, siendo benigno en castigar las faltas: sin embargo lo ejecutado cruel y sañudamente con los rehenes hácia el fin de sus dias parece que descubre que su caracter no era de la mansedumbre; sino que por reflexion lo sabia comprimir, cediendo á la necesidad. Por lo que hace á mí nunca creeré que una virtud decidida y bien cimentada en la razon pueda por ningun caso de fortuna degenerar en el vicio opuesto; mas con todo no considero imposible que los mejores propósitos, y los caracteres mas formados á la virtud, hagan mudanza en sus costumbres por desgracias y calamidades injustamente padecidas; y esto es lo que me parece le sucedió á Sertorio; que cuando se vió abandonado de la fortuna, irritado por los mismos acontecimientos, se hizo cruel contra los que le ofendian.

Como le llamasen pues los Lusitanos, movió del Africa, y poniéndose al frente de ellos, constituido su General con absoluto imperio, sujetó á su obediencia aquella parte de la España, uniéndosele los mas voluntariamente, á causa en la mayor parte de su dulzura y actividad: aunque tambien usó de artificios para engañarlos y embaucarlos: siendo el mas señalado entre todos el de la cierva, que fue de esta manera. Uno de aquellos naturales, llamado Espa-

no, que vivia en el campo, se encontró con una cierva recién parida que huía de los cazadores; y á esta la dejó ir; pero á la cervatilla, maravillado de su color, porque era toda blanca, la persiguió y la alcanzó. Hallábase casualmente Sertorio acampado en las inmediaciones; y como recibiese con afabilidad á los que le llevaban algun presente, bien fuese de caza, ó de los frutos del campo, recompensando con largueza á los que así le hacian obsequio, se le presentó tambien este para regalarle la cervatilla. Admitióla; y al principio no fue grande el placer que manifestó; pero con el tiempo, habiéndose hecho tan mansa y docil, que acudia cuando la llamaba, y le seguia á do quiera que iba, sin espantarse del tropel y ruido militar, poco á poco la fue divinizando, digámoslo así, haciendo creer que aquella cierva habia sido un presente de Diana; y esparciendo la voz de que le revelaba las cosas ocultas; por saber que los bárbaros son naturalmente muy inclinados á la supersticion. Para acreditarlo mas se valia de este medio: cuando reservada y secretamente llegaba á entender que los enemigos iban á invadir su territorio, ó trataban de separar de su obediencia á una ciudad, fingia que la cierva le habia hablado en las horas del sueño, previniéndole que tuviera las tropas á punto. Por otra parte si se le daba aviso de que alguno de sus generales habia alcanzado una victoria, ocultaba al que lo habia traído, y presentaba á la cierva coronada como anunciadora de buenas nuevas, excitándolos á mostrarse alegres, y á sacrificar á los Dioses, porque en breve habia de llegar una fausta noticia.

Despues que los hubo hecho tan dóciles, los tenia dispuestos para todo, estando persuadidos de que no eran mandados por el discurso de un hombre extrangero, sino por un Dios: dando ademas los hechos mismos testimonio de que su poder se habia

aumentado fuera de lo que podia pensarse; porque con solo haber reunido cuatro mil bróqueleros y setecientos caballos de los Lusitanos con dos mil y seiscientos, á quienes llamaba Romanos, y con unos setecientos Africanos que se le habian agregado, siguiéndole desde aquella region, hacia la guerra á cuatro Generales Romanos, que tenian á sus órdenes ciento veinte mil infantes, seis mil hombres de caballería, dos mil entre arqueros y honderos, y un grandísimo número de ciudades; cuando él al principio no tuvo entre todas mas de veinte; y sin embargo de haber empezado con tan escasas y apocadas fuerzas, no solo sujetó á numerosos pueblos, y tomó muchas ciudades, sino que de los generales contrarios, á Cota lo venció en combate naval cerca del puerto de Melaria, y á Aufidio, Gobernador de la Bética, lo derrotó á las orillas del Bétis, matándole doscientos Romanos. Venció asimismo por medio de su Cuestor á Domicio, y á Lucio, Proconsul que era de la otra España; y dió muerte á Toranio, otro de los generales que Metelo habia enviado con fuerzas contra él; y aun al mismo Metelo, varon de los primeros y mas acreditados de su edad, habiéndose aprovechado de los no pequeños yerros que este cometió, le puso en tanto aprieto, que fue preciso que Lucio Lolió viniera desde la Galia Narbonense en su socorro, y que de Roma misma fuera enviado Pompeyo Magno con considerables fuerzas. Porque Metelo no sabia que hacerse con un hombre arrojado, que huia de toda batalla campal, y usaba de todo género de estratagemas por la prontitud y ligereza de la tropa Española; cuando él no estaba ejercitado sino en combates reglados y en riguroso orden, y solo sabia mandar tropas apiñadas, que combatiendo á pie firme, estaban acostumbradas á rechazar y destrozar á los enemigos que venian con ellas á las manos; pero no á trepar por los montes

siguiendo el alcance en sus incansables fugas á unos hombres veloces como el viento, ni á tolerar como ellos el hambre, y un género de vida; en la que para nada echaban menos el fuego ni las tiendas.

Ademas de esto Metelo, que era ya hombre de bastante edad, despues de muchos y peligrosos combates, habia empezado á tratarse con mas delicadeza y regalo que antes; y las habia con Sertorio, llenó de vigor y robustez, y que tenia muy ejercitadas las fuerzas, la ligereza y la frugalidad. Porque ni aun en el mayor ocio se dió jamas al vino; y se habia acostumbrado á tolerar grandes fatigas, largas marchas y frecuentes vigias, bastándole para todo esto escasos y groseros alimentos. Entreteníase siempre cuando estaba desocupado en andar por el campo y en cazar, haciendo como que se libertaba con la fuga, y como que envolvía al enemigo siguiendo un alcance; y así habia adquirido conocimiento de los lugares inaccesibles, y de los que daban franco paso. Por tanto, sucediendo por lo comun que el que quiere evitar batalla padece lo mismo que el que es vencido; para este el huir era como si él persiguiese, porque cortaba á los que iban á tomar agua; interceptaba los viveres; si el enemigo queria marchar, le impedía el paso; cuando iba á acamparse no le dejaba sosiego; y cuando queria sitiar, se aparecia él, y le sitiaba por hambre, tanto que los soldados llegaron á aburrirse; y como Sertorio provocase á Metelo á un desafio, empezaron á gritar, incitándole á que peleara General contra General, Romano contra Romano; y cuando vieron que no lo admitia, le insultaron; pero él se rió de ellos, é hizo muy bien: pues como dice Teofastro, un General debe hacer muerte de General, y no de un miserable soldado. Viendo pues Metelo que los de Labriga estaban muy de parte de Sertorio, y que seria facil tomarlos por la sed, á causa de que dentro

de la ciudad no habia mas que un solo pozo, y entraba en su proyecto apoderarse de las fuentes y arroyos que habia de murallas afuera, marchó contra este pueblo, persuadido de que el sitio sería cosa de dos dias, faltándoles el agua: así á sus soldados les dió orden de que para solos cinco dias tomaran bastimento. Mas Sertorio, acudiendo al punto en su auxilio, dispuso que se llenaran de agua dos mil odres, señalando por cada uno una gruesa cantidad de dinero; y habiéndose presentado al efecto muchos españoles y muchos mauritanos, escogió á los mas robustos y mas ligeros, y los envió por la montaña, con orden de que cuando entregaran los odres en la ciudad sacaran á la gente inútil, para que con aquel repuesto de agua tuvieran bastante los defensores. Llegó esta disposicion á oídos de Metelo, y le fue de mucho desagrado, porque ya los soldados casi habian consumido los víveres; y tuvo que enviar, para que hiciesen nuevo acopio, á Aquilio que mandaba seis mil hombres. Entiéndelo Sertorio, y adelantándose á tomar el camino, cuando ya Aquilio volvía, hace salir contra él tres mil hombres de un barranco sombrío; y acometiendo él mismo de frente, le derrota, y da muerte á unos, y toma á otros cautivos. Metelo, cuando vió que Aquilio volvía sin armas y sin caballo, tuvo que retirarse ignominiosamente, escarnecido de los españoles.

Por estas hazañas miraban á Sertorio con grande amor aquellos bárbaros; y tambien porque acostumbándolos á las armas, á la formacion, y al orden de la milicia Romana, y quitando de sus incursiones el aire furioso y terrible, habia reducido sus fuerzas á la forma de un ejército, de grandes cuadrillas de bandoleros que antes parecian. Además de esto, no perdonando gastos, les adornaba con oro y plata los morriones; les pintaba con distintos colores los escudos; enseñábales á usar de mantos y túnicas bri-

llantes; y fomentando por este medio su vanidad, se ganaba su aficion. Mas lo que principalmente les cautivó la voluntad fue la disposicion que tomó con los jóvenes: porque reuniendo en Huesca, ciudad grande y populosa, á los hijos de los mas principales é ilustres entre aquellas gentes, y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones Griegas y Romanas, en la realidad los tomaba en rehenes; pero en la apariencia los instruía para que en llegando á la edad varonil participasen del Gobierno y de la Magistratura. Los padres en tanto estaban sumamente contentos viendo á sus hijos ir á las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios; los examinaba por sí muchas veces, les distribuía premios, y les regalaba aquellos collares que los Romanos llaman bulas. Siendo costumbre entre los Españoles que los que hacian formacion aparte con el General, perecieran con él si venia á morir, á lo que aquellos bárbaros llamaban consagracion: al lado de los demas generales solo se ponian algunos de sus asistentes y de sus amigos; pero á Sertorio le seguian muchos millares de hombres, resueltos á hacer por él esta especie de consagracion. Así se refiere que en ocasion de retirarse á una ciudad, teniendo ya á los enemigos cerca, los Españoles, olvidados de sí mismos, salvaron á Sertorio, tomándolo sobre los hombros, y pasándolo así de uno á otro hasta ponerlo encima de los muros; y luego que tuvieron en seguridad á su general, cada uno de ellos se entregó á la fuga.

Ni eran solos los Españoles á quererle por su caudillo, sino que este mismo deseo tenian los soldados venidos de la Italia. Llegó pues tambien á España con grandes caudales y mucha gente Perpena Venton, del mismo partido que Sertorio, con ánimo de hacer de por sí la guerra á Metelo; pero los